

Piotr Kropotkin

# La moral anarquista

Introducción de Carlos Taibo  
Traducción de Alicia Martorell



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *La morale anarquiste*

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la introducción: Carlos Taibo Arias, 2023  
© de la traducción: Alicia Martorell, 2023  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-179-3  
Depósito legal: M. 178-2023  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción, por Carlos Taibo  
35 Bibliografía

## La moral anarquista

- 39 I  
47 II  
55 III  
60 IV  
67 V  
74 VI  
83 VII  
90 VIII  
98 IX  
104 X



# Introducción

El texto que el lector tiene entre las manos, *La morale anarchiste* (La moral anarquista), fue publicado por vez primera en París, y en lengua francesa, en 1889. Permítaseme recordar que las ediciones *militantes* de los trabajos de Kropotkin –otro tanto sucede, por lo demás, con los de Bakunin–, comúnmente poco serias desde el punto de vista filológico, no suelen prestar atención, en sus créditos, a la lengua en la que esos trabajos fueron escritos.

Cierto es que la casuística correspondiente, en el caso de Kropotkin como en el de Bakunin, no ayuda. Hay que tener presente que el primero redactó sus textos en cuatro lenguas distintas –ruso, francés, inglés y, tangencialmente, alemán– y que en algunos casos procedió él mismo, por lo

que parece, a traducirlos. El ruso era la lengua materna de Kropotkin, quien disfrutó, en su infancia y adolescencia, de tutores franceses y de ayas alemanas. El inglés, según todos los indicios, lo aprendió más tarde y lo fortaleció en las tres décadas que hubo de pasar, en su mayor parte, en las cercanías de Londres. A su llegada a Inglaterra en 1886 ya escribía y hablaba en inglés y en francés con fluidez, aun cuando se notase en el acento que no eran sus lenguas maternas. Kropotkin hablaba también alemán e italiano, y tenía conocimientos de las lenguas escandinavas, de holandés, de finés y de algunas lenguas del centro y del oriente asiáticos<sup>1</sup>.

Si me ciño a las obras más conocidas del pensador anarquista, señalaré que fueron redactadas en francés *Paroles d'un révolté* (Palabras de un rebelde), *La conquête du pain* (La conquista del pan) y *La grande révolution, 1789-1793* (La gran revolución, 1789-1793). Se escribieron en inglés *Fields, Factories and Workshops* (Campos, fábricas y talleres), *Memoirs of a Revolutionist* (Memorias de un revolucionario) y *Mutual Aid* (El apoyo mutuo). Y en ruso vieron la luz *Sovreménnaya nauka i anarjizm* (La ciencia moderna y el anarquismo) –bosquejo de la obra posterior– y *Etika*

1. Avrich y Avakumović, 1971: 211.

(Ética), publicada esta última, como se verá, a título póstumo<sup>2</sup>.

## El príncipe anarquista

Piotr Alekséyevich Kropotkin nació en Moscú, en 1842, en el seno de una familia de la más alta aristocracia rusa. Una broma de la época sugería que Kropotkin, a menudo descrito como el *príncipe anarquista*, tenía más derecho a reivindicar el trono del zar que el propio soberano, que al fin y al cabo mostraba ascendencia alemana. Aunque su padre destinó a Piotr a la carrera militar y al servicio directo del zar en San Petersburgo, Kropotkin optó por buscar un camino diferente en un regimiento de cosacos en Siberia. En ese destino pudo tomar contacto tanto con las condiciones de vida –infames– de los prisioneros como con la naturaleza de la comuna rural rusa. Según su propia confesión, en Siberia perdió la fe en la disciplina del Estado y se preparó para convertirse en un anarquista. Más allá de lo anterior, se sintió atraído por el medio natural y dedicó el grueso de su tiempo a la geografía y a la geología, desarrollando al efecto, y más adelante,

2. Véase Hug, 1989: 159-164.

trabajos en el Asia septentrional, en Finlandia y en Suecia.

Entre 1872 y 1874 Kropotkin mantuvo activas relaciones con el movimiento *naródniki*, el movimiento de los populistas rusos. Al amparo del que fue también su primer viaje a la Europa occidental, estableció contactos con la I Internacional y con la federación, anarquista, del Jura en Suiza. En 1874 padeció su primer encarcelamiento en Rusia, saldado con dos años de prisión en los que hubo de hacer frente al escorbuto. En 1876 se fugó de la cárcel en la que estaba recluido, en San Petersburgo, y alcanzó Inglaterra. Desde el año mencionado hasta 1917 –cuatro largas décadas– vivió en el exilio, sin volver a pisar su país natal.

Tras dejar Inglaterra, en 1877 marchó a Suiza, en donde se integró en la mentada federación del Jura –su adhesión al anarquismo era ya evidente– para asentarse al poco en Ginebra y contraer matrimonio con una joven judía polaca llamada Sofía Anániev. Dos años más tarde fundó la revista *La Révolté*, que ocho años después pasó a llamarse *La Révolte* y a partir de 1895, y hasta 1918, asumió el nombre de *Les Temps Modernes*. En 1878, y por lo que parece, viajó a España, en donde visitó Barcelona y Madrid. Expulsado de Suiza en 1881 tras las presiones del gobierno zarista, Kropotkin recaló en Francia, en donde, el año si-

guiente, fue acusado, sin pruebas, de la realización de un atentado en Lyon. Encarcelado de nuevo, hubo de hacer frente, una vez más, al escorbuto y también a la malaria. Liberado tres años después –nunca dejó de denunciar, en sus escritos, lo que significaban las prisiones–, y tras una breve estancia en París, regresó en 1886 a Inglaterra, en donde residió hasta 1917, tuvo a su única hija –Aleksandra, nacida en 1887– y escribió algunas de sus obras más conocidas, como es el caso de *La morale anarchiste* (1889), *La conquête du pain* (1892), *Fields, Factories and Workshops* (1899), *Mutual Aid* (1902) y *La grande révolution, 1789-1793* (1909). En 1897 y 1901 realizó por lo demás, para impartir conferencias, dos viajes a América del Norte.

Con ocasión de la Primera Guerra Mundial, el apoyo de Kropotkin a Francia frente a Alemania, al calor del llamado «Manifiesto de los 16», provocó muchas polémicas en el mundo anarquista, saldadas a menudo en una franca descalificación del revolucionario ruso. Kropotkin regresó a Rusia –un país con el que había mantenido, con todo, lazos muy estrechos, materializados, por ejemplo, en numerosos ensayos sobre la literatura local– al amparo de las revoluciones de 1917. Tras rechazar varias ofertas del gobierno de Kérenski encaminadas a que desempeñase cargos públicos, se mostró

muy crítico con el naciente régimen bolchevique. Medio obligado a vivir en Dmítrov, una localidad cercana a Moscú, Kropotkin trabajó ante todo en la redacción de una obra, la *Etika*, que quedó inconclusa. Falleció en febrero de 1921. Su entierro, en olor de multitudes, fue la última manifestación importante del anarquismo ruso.

Antes un pensador que un activista, al menos en lo que hace a la etapa posterior a 1886, el propósito mayor de Kropotkin fue el estudio, con pretensión científica, de la condición de los seres humanos y de los demás animales. Un estudio que se supeditaba, cierto es, a la defensa, paralela, de la construcción de una sociedad nueva. En este terreno Kropotkin se convirtió en el mayor adalid de lo que se dio en llamar «anarcocomunismo». Al efecto postuló la expropiación del capital en provecho de una propiedad colectiva socializada, y apostó por la abolición del Estado, entendido este último como instancia que traba drásticamente la libertad e impide el despliegue de una libre, y descentralizada, federación de comunidades humanas. No ahorró críticas, en paralelo, al socialismo de Estado y a su nula condición alternativa. La defensa de la pequeña industria, de nuevo descentralizada, y de su alianza con la agricultura, el rechazo del gigantismo propio del capitalismo industrial y el énfasis en el papel revolucionario del

campesinado convirtieron a Kropotkin en pionero, junto con Élisée Reclus, de la ecología moderna. No faltó del lado de Kropotkin, tampoco, una defensa cabal de la emancipación, y de la igualdad, de las mujeres, no siempre seguida, eso sí, de una reflexión lúcida a la hora de explicar cómo una y otra debían llevarse a la práctica. El rechazo del beneficio privado y la asignación de un papel central a la satisfacción de las necesidades propició del lado de Kropotkin el desarrollo de un modelo en el que estas últimas alcanzaron mayor peso que el trabajo, de la mano de la recuperación del lema que reza «dé cada uno según su capacidad, reciba cada uno según sus necesidades». Las cosas como fueren, en el escenario presente, de palpable crisis ecológica y de intuíble colapso, el anarcocomunismo parece haber recuperado actualidad al amparo de la reivindicación de los pueblos originarios, de su vida social y de su equilibrada relación con el medio.

## Los años ingleses

Kropotkin escribió *La morale anarchiste* en Inglaterra, en los años iniciales de su larga estancia en un país que, por lo que parece, no le agradaba en demasía y en el que, exhausto, y al menos al

comienzo de su estancia, no se sintió cómodo<sup>3</sup>. Había llegado en marzo de 1886 –unos meses después se suicidó en Rusia su hermano Aleksandr–, y, tal y como ya he señalado, allí residió hasta su marcha en 1917. Avrich y Avakumović han subrayado que fue sin duda la etapa intelectualmente más feraz de la vida del príncipe anarquista, antecedida por otras dos. Si la primera, la del explorador, había concluido en 1872, la segunda se vio marcada por el activismo, saldado en ocasiones con la cárcel. La elección de Inglaterra ganó terreno en virtud de la imposibilidad de residir en otros lugares –Alemania, Francia, Rusia, Suiza– en los que Kropotkin tenía problemas graves con las autoridades. La militancia comprometida y el contacto permanente con los grupos ácratas recularon, sin embargo, en los años ingleses, que lo fueron también –conviene subrayarlo– de retroceso en la actividad del movimiento obrero, o al menos del que presentaba perfiles radicales, en las islas británicas.

En semejante escenario Kropotkin trabajó ante todo en la elaboración de textos diversos, acompañada de la impartición de numerosas conferencias en Inglaterra y en Escocia, pero también, con ocasión de los dos viajes americanos ya invoca-

3. Miller, 1976: 165.

dos, en Estados Unidos y en Canadá. Arrastró, con todo, problemas severos de salud –ante todo una bronquitis crónica–, que cabe entender fueron en buena medida secuelas de los encarcelamientos padecidos. Durante muchos años residió en la localidad de Harrow, cerca de Londres, en donde desarrolló una vida más bien modesta. Los ingresos familiares se derivaban ante todo de lo que aportaban las revistas científicas en las que Kropotkin colaboraba y, cabe suponer que, en menor medida, de los derechos devengados por los libros publicados. Aunque los textos de Kropotkin alcanzaron una notabilísima expansión internacional, en particular en Europa y en América Latina, la mayoría de las ediciones tenían un carácter militante<sup>4</sup>.

Consciente de los efectos que ello podía tener sobre su imagen como revolucionario, Kropotkin nunca aceptó regalos en metálico, de la misma suerte que nunca recibió remuneración por los trabajos que publicaba en revistas anarquistas. Son muchos, por otra parte, los testimonios que aseveran que dio muestras frecuentes de generosidad con quienes le demandaban ayuda. Acaso en los momentos en que trabajaba en los textos

4. El texto que se recoge en este libro tuvo pronto, en 1901-1902, traducciones españolas. Véase Oyón, 2017: 5-6.

que sirvieron de fundamento a *La morale anarchiste*, James Mavor describió así, en fin, al pensador anarquista: «Bajo de estatura, de complexión leve, con piernas inusualmente cortas, delgado de cintura y hombros anchos. Tenía el cuello corto y una gran cabeza. Gastaba una barba tupida de color castaño, apenas recortada, y nunca renunciaba a ese rasgo característico. En la parte superior de la cabeza no tenía cabello. Sus ojos brillaban con genio, y cuando se levantaba parecía casi incandescente»<sup>5</sup>.

## Los escritos sobre la moral

El texto que este libro acoge no es en modo alguno el único que Kropotkin dedicó a la cuestión de la moral, aunque acaso es el que exhibe una más lograda vocación pedagógica. En las consideraciones que siguen otorgaré, por razones obvias, atención preferente a los argumentos vertidos en *La morale anarchiste*, pero ocasionalmente también me detendré en otros trabajos como *The Ethical Needs of the Present Day* (Necesidades éticas del presente), de 1904, y *The Morality of Nature* (La moralidad de la naturaleza), de 1905, que, corri-

5. Avrich y Avakumović, 1971: 211.

dos, se incorporaron a la postre a la *Etika* en la que Kropotkin trabajó en los últimos años de su vida<sup>6</sup>. En esa obra póstuma su autor regresó al proyecto de desarrollar una ética que debía levantarse sobre el acervo de las ciencias naturales y examinó el desarrollo histórico de las ideas morales desde la antigüedad clásica. Tengo que agregar, en suma, que los escritos de Kropotkin sobre el apoyo mutuo deben tomarse en consideración, también, a la hora de explicar su apuesta en el terreno de la moral<sup>7</sup>. Acaso puede afirmarse que fue la teoría del apoyo mutuo la que engendró en Kropotkin la necesidad de articular una ética adecuada a sus rasgos. Por lo que parece, y a lo largo de tres décadas, aunque buena parte de los proyectos del pensador ruso se asentaban en el designio de dedicar el grueso del trabajo al desarrollo de una ética anarquista, los imperativos del día a día le impidieron ultimar esa tarea, que sólo fue retomada en serio en 1918, en su semiexilio de Dmítrov<sup>8</sup>. Lo que se reveló en la trastienda fue, de cualquier modo, un designio, tan original como complejo, de combinar un profundo amor por la ciencia y un interés apasionado por las cuestiones morales<sup>9</sup>.

6. El texto se recoge en Kropotkin, 1978.

7. Véanse Kropotkin, 2016, y Kropotkin, 2009.

8. Avrich y Avakumović, 1971: 262.

9. Morris, 2018: 151.

En esencia, *La morale anarchiste* constituye una crítica de la moral dominante del momento, lastrada por su condición ideológica en lo que hace a la determinación del bien y por su naturaleza supersticiosa, impregnada de códigos religiosos y metafísicos. A esa moral dominante se contraponen otra marcada por una combinación en la que se dan cita, en la pretensión de Kropotkin, el instinto y la razón. El momento histórico en el que surge esa teorización se vio marcado –no se olvide– por fenómenos tan dispares como el desarrollo científico, el auge del nihilismo en Rusia, la pervivencia, en tantos escenarios, de la moral religiosa, el despliegue de las capacidades represivas de los Estados y un desastroso escenario social que parecía reclamar la búsqueda de fórmulas que estimularan la justicia y la igualdad. El terreno era, en cualquier caso, cenagoso en lo que respecta a los vínculos de la moral con una ideología, el anarquismo, poco propensa a acatar la férula de leyes y normas. Al menos en una primera lectura, y tal y como lo recuerda Heinz Hug, un ser humano que rechaza instancias superiores, divinidades, ideas absolutas y autoridades políticas es improbable que se sienta atraído por normas morales. Como improbable resulta que un pensador anarquista se incline por prescribir conductas que, al